C

uanto quisieran los empresarios que sus bienes o servicios les fuesen pagados al principio de los contratos, en un solo contado, en efectivo. Sin embargo, como mínimo sus clientes deberán revisar sus facturas y asegurarse que deben ser canceladas. En el mercado colombiano estamos viendo que el pago demora mucho más que el tiempo necesario para tales constataciones, convirtiéndose en verdaderos créditos que de 30 pasaron a 60, a 90, a 120, a 150 días; en algunos casos se van vuelto indefinidos los momentos en que ocurrirán los pagos. La cantidad de dinero en efectivo es un elemento esencial para establecer si un negocio puede funcionar debidamente. De esto se encargan los flujos de fondos, que se resumen en el estado de flujos de fondos o de efectivo que se presentan al cierre del período contable.

Si los clientes se demoran en pagar por una parte habrá que cobrarles intereses y por otra habrá que conseguir efectivo para poder funcionar; esto generará una carga financiera a cargo de la empresa que puede implicar una pérdida del margen de utilidad previsto para las operaciones.

No todo está bajo el control de una empresa. Hay situaciones en el mercado que influyen en las entidades aún en contra del querer de éstas. Si la competencia baja los precios el efecto puede ser tal que obligue a otra empresa a dejar de funcionar. Obviamente el efecto económico puede producirse a partir de acciones ilegales. La baja de precios es lícita en ciertas condiciones e ilícita en otras.

Ante circunstancias complejas se pone a prueba la capacidad de una empresa de reinventarse. De hacer otros productos, de disminuir sus costos, de obtener un mayor capital. La obsolescencia es un mal desbastador. Si lo que una empresa produce es superado por otros bienes más completos, más perfectos y, eventualmente, más baratos, no habrá manera de sobrevivir sin cambiar.

A lo largo de los siglos se ha entendido que los contadores son consejeros de empresas, por su conocimiento de lo que está pasando en los mercados y por su capacidad de analizar una empresa determinada dentro de la globalidad. Lamentablemente en Colombia se ha dejado de lado el estudio de nuestra economía a nivel de cada uno de sus sectores. Nuestros contadores no están preparados para encontrar información sobre las industrias, no saben procesar esos datos y, consecuentemente, no pueden aplicarlos con éxito a sus clientes. Por lo tanto, no son tenidos como consultores porque no demuestran competencia para ello.

El futuro de la profesión será cada vez más intelectual que operativo. Los datos se seguirán produciendo, en gran parte de forma automática. Los profesionales de la contabilidad tendrán la responsabilidad de analizarlos y hacer recomendaciones a partir de ellos, en todo caso dentro del contexto de cada industria y de cada mercado. Hay que corregir el rumbo.

*Hernando Bermúdez Gómez*